

Nostalgia letrada

por Felipe Mellizo



WALTER TRIER. Ed. JUVENTUD

De todas maneras, algo ocurre. Porque veo a mi alrededor copiosas colecciones de libros para niños. Para niños y adolescentes, si hay que ser tan exacto como los editores. En una pelea a menudo desigual contra la televisión, esos editores, en número creciente, sacan títulos, convocan premios, se esfuerzan por hacernos llegar, a través de los canales más o menos publicitarios al uso, una oferta tentadora. ¿Consiguen victorias?

Como muchos otros, yo fui un niño burgués. Mi país era entonces bastante oscuro, pero a mis manos llegaban libros, los libros apropiados sin duda. De manera que leí, primero, *Pinocho*. Luego, *Peter Pan* en versiones coloreadas y privadas de tragedia. Más tarde, más tranquilo: *Corazón*, *A orillas del alto Yang Tsé*, *Sin familia* y *Tom Sawyer*. Tal vez por entonces, Jack London me sacudió el primer estacazo y me hizo heridas que nunca pudo curar *Emilio y los detec-*

tives. Y ya era más o menos un hombre cuando descubrí a *Gulliver*, con el que todavía converso.

Tuvo que pasar el tiempo y tuvieron que pasar muchas cosas para que yo llegase a entender que el mundo era más ancho que mi habitacioncita. Y que aquellos dulces libros, entre los que sólo rompía el sosiego Guillermo Brown minando los cimientos del Imperio, habían sido cuidadosamente elegidos por el Demiurgo para que yo olvidase que hay más chicos y que



TRUCCO - GUSTAVO MOYNO

aquellos personajes infantiles servían en el fondo, como lanceros bengalíes, a los traficantes que se movían en la ruta del cobre o del petróleo.

Muertos en el olvido Iriarte y Samaniego, en la hoguera la tradición narrativa musulmana y judía, en altares invisibles el Infante Juan Manuel, nosotros nos uncimos al carro francés a mediados del siglo XIX y, poco después, al inglés, con derivaciones más vikingas y sigfrídeas. De manera que, cuando alguien creyó que

nuestros niños necesitaban cierta literatura autóctona, ya no había más modelos que Jorge y Fernando batallando en la Patrulla del Marfil, bien uniformados, o Celia y Cuchifritín, en casas venidas a menos, pero todavía en la calle madrileña de Velázquez, todavía aferrados a una libertad fina, asocial, culta, con bañera y bidé.

Yo no sé si esa tradición ha muerto ya o sigue viva. Lo que sé es lo que veo en las librerías. Muchos libros infantiles. Pocos escritos por españoles.

Un respeto admirado por lo que viene del Norte. Un incurable síndrome de Nils Holgersson o de Heidi. No terminan de volver las hadas. Mucho menos aquel capitán que navegaba por los mares de China. Un retorno involuntario a niños gorditos y traviesones que, si acaso, padecen porque sus papás se han divorciado y viven experiencias paralelas. Y, sin embargo, los niños siguen acudiendo en secreto al diccionario para ver si vienen palabrotas, en un ejercicio permanente que debiera haber hecho pensar a los mayores, si es que esto es posible.

Casi nunca hubo escritores grandes que pretendiesen, solamente, escribir para los niños. He dicho «casi». Lo que hubo siempre es el escritor, los escritores. Luego fueron los niños los que hicieron suyos los terribles relatos arios, repletos de sugerencias siniestras, que recogieron los filólogos Grimm, o que hicieron ver que no sabían hasta qué punto Peter Pan es un niño muerto, como los chavalines que se llevó el flautista al vientre de la montaña de Hamelin. Siempre hemos estado pretendiendo que los niños no llegasen nunca a ser lo que nosotros, por desdicha, somos, y no se nos ocurrió otra cosa más que cargar de diamantes la ropa de las princesitas y repetir a los pequeños la lección de las buenas maneras.

Aquello que, por dentro, es la literatura de verdad —la evidencia de la soledad, la esperanza imposible pero firme, el amor, el misterio, la aventura— ha sido deliberadamente postergado en buena parte de las letras infantiles.

Pueden venderse, sin duda, esos libros. No estoy nada seguro de que puedan cambiar el mundo lo justo para que sea algo mejor. ■